

Misa de la Bienaventurada Virgen María en sábado
Peregrinatio ad Petri Sedem – Summorum Pontificum
Basílica Papal de San Pedro en el Vaticano
Ciudad del Vaticano
25 de octubre de 2025

Ecl. 24, 23-31
Jn 19, 25-27

Sermón

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Es para mí fuente de la más profunda alegría ofrecer la Misa Pontifical en el Altar de la Catedral de San Pedro como culminación de la Peregrinación *Summorum Pontificum* de 2025. En nombre de todos los presentes, expreso mi sincera gratitud a quienes han trabajado con tanta diligencia y dedicación para hacer posible esta peregrinación. Ofrezco la Santa Misa por los fieles de toda la Iglesia que se esfuerzan por salvaguardar y promover la belleza del *Usus Antiquior* del Rito Romano. Que la ofrenda de la Misa Pontifical de hoy nos anime y fortalezca a todos en el amor a nuestro Señor Eucarístico, quien, mediante la Tradición Apostólica y con un amor inquebrantable e inconmensurable por nosotros, renueva sacramentalmente Su Sacrificio en el Calvario y nos alimenta con el fruto incomparable de Su Sacrificio: el Alimento Celestial de Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Al ofrecer la Santa Misa de la Bienaventurada Virgen María en sábado, contemplamos el Corazón Doloroso e Inmaculado de Nuestra Señora, asumido en la gloria y que nunca deja de latir con amor por nosotros, los hijos que su Divino Hijo le confió a su cuidado maternal mientras moría en la Cruz. Cuando Nuestro Señor pronunció las palabras: “Mujer, he ahí tu hijo.... He ahí tu madre”¹, dirigidas a Su Madre y a San Juan Apóstol y Evangelista, que estaban al pie de la Cruz, expresó una realidad esencial de la salvación que estaba obteniéndonos: la plena cooperación de Su Madre, la Santísima Virgen María, en Su obra redentora.

Dios Padre, en Su plan de amor para nuestra salvación eterna, concedió que la Bienaventurada Virgen María, desde el mismo momento de su concepción, participara en la gracia de la redención que Su Divino Hijo realizaría en el Calvario. Por medio de su Inmaculada Concepción, María fue

¹Jn 19, 26-27.

totalmente para Cristo y, en Cristo, totalmente para nosotros desde el primer instante de su ser. La mediación de nuestra salvación a través del Corazón Doloroso e Inmaculado de María se ejemplifica en las últimas palabras de la Virgen Madre del Salvador registradas en los Evangelios. Las pronunció a los sirvientes en las bodas de Caná, quienes acudieron a ella angustiados por la falta de vino suficiente para los invitados. Ella respondió a su gran preocupación conduciéndolos a su Divino Hijo, también invitado en las bodas, con esta instrucción maternal: “Haced todo lo que Él os diga”².

Estas sencillas palabras expresan el misterio de la Maternidad Divina por el cual la Virgen María se convirtió en la Madre de Dios, trayendo al mundo al Hijo de Dios Encarnado para nuestra salvación. Por el mismo misterio, Ella continúa siendo el canal de todas las gracias que fluyen sin medida y sin cesar del Corazón glorioso y traspasado de su Divino Hijo hacia los corazones de sus hermanos y hermanas, adoptados por el Bautismo, mientras avanzan en su peregrinación terrenal a su morada eterna con Él en el Cielo. Somos hijos e hijas de María en su Hijo, Dios Hijo Encarnado. Con solicitud maternal, Ella atrae nuestros corazones hacia su glorioso Corazón Inmaculado y los lleva hasta Él, hasta Su Sagrado Corazón, instruyéndonos: “Haced todo lo que Él os diga”.

En la Bienaventurada Virgen María contemplamos “la expresión más perfecta” de la Sabiduría eterna de Dios, el Hijo de Dios, el Verbo en acción desde el principio de la creación, ordenando todas las cosas y, sobretodo, el corazón humano conforme a la perfección divina, “ya sea por la particular fidelidad con la cual vive su condición de «sierva» del Señor, ya sea por que en Ella, en cuanto Madre de Cristo, los designios divinos han encontrado su pleno cumplimiento”³. Ella es, según las palabras inspiradas del Libro del Eclesiástico, “Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza”⁴. Nos llena de confianza saber que Nuestro Señor, Sabiduría Divina Encarnada, escuchando las oraciones de la Madre de la Divina Gracia que está siempre en Su presencia, tendrá también misericordia de nuestra generación, restaurando el orden amoroso que Dios escribió en la creación, y sobre todo, en cada corazón humano. Esforzándonos, en cada momento del día, y reposando nuestros corazones en el Corazón glorioso y traspasado de Jesús, para anunciar la verdad de que la salvación ha venido al mundo. Unidos de corazón al glorioso Corazón Inmaculado de María, atraemos a otros hacia Cristo, plenitud de la misericordia y del amor de Dios en medio de nosotros, en Su santa Iglesia.

²Jn 2, 5.

³ “... manifestation la plus parfaite, à la fois parce qu’elle est la «servante» particulièrement fidèle du Seigneur et parce qu’en elle, en tant que Mère du Christ, les desseins divins ont trouvé tout leur accomplissement.” “Sagesse”, L. Bouyer, *Dictionnaire théologique* (Tournai: Desclée, 1963), p. 594. Traduzione italiana: “Sapienza”, Louis Bouyer, *Breve dizionario teologico*, tr. Maria Adele Cozzi (Bologna: Centro Editoriale Dehoniano, 1992), p. 341.

⁴Ecl. 24, 18.

Este año celebramos tanto el centenario de la aparición del Niño Jesús, junto con Nuestra Señora de Fátima, a la Venerable Sierva de Dios Sor Lucía dos Santos, el 10 de diciembre de 1925, bien como el centenario de la publicación de la Carta Encíclica *Quas Primas* del Papa Pío XI, que estableció la Fiesta de Cristo Rey del Cielo y de la Tierra en la Iglesia universal, el 11 de diciembre de 1925. Damos así testimonio de la verdad de que Nuestro Señor Jesucristo es el Rey de todos los corazones mediante el Misterio de la Cruz, y que Su Madre Virgen es la mediadora por la cual Él lleva nuestros corazones a habitar cada vez más plenamente en Su Sacratísimo Corazón.

En la aparición a la Venerable Sierva de Dios Sor Lucía dos Santos, Nuestro Señor nos mostró el Corazón Doloroso e Inmaculado de Nuestra Señora, cubierto de muchas espinas a causa de nuestra indiferencia, ingratitud y pecados. De modo particular, Nuestra Señora de Fátima ha deseado protegernos del mal del comunismo ateo, que aparta los corazones del Corazón de Jesús —única fuente de salvación— y los conduce a la rebelión contra Dios y contra el orden que Él ha establecido en Su creación y ha grabado en el corazón de cada hombre⁵. A través de sus apariciones y del mensaje que confió a los pequeños pastores, los santos Francisco y Jacinta Marto, y a la Venerable Lucía dos Santos, Nuestra Señora se dirigió a toda la Iglesia, advirtiendo sobre la influencia de la cultura atea dentro de la misma Iglesia, que conduce a muchos a la apostasía, al abandono de las verdades de la fe católica.

Al mismo tiempo, Nuestra Señora nos instruyó a ofrecer reparación amorosa por nuestras ofensas al Sagrado Corazón de Jesús y a su Inmaculado Corazón mediante la Devoción de los Primeros Sábados: confesando sacramentalmente nuestros pecados, recibiendo dignamente la Sagrada Comunión, rezando cinco decenas del Santo Rosario y acompañando a Nuestra Señora meditando los misterios del Rosario. Del mensaje de Nuestra Señora se desprende claramente que solo la fe —que une el corazón del hombre al Sagrado Corazón de Jesús mediante la mediación de su Inmaculado Corazón— puede salvar al hombre de los castigos espirituales que la rebelión contra Dios trae inevitablemente sobre sus autores y sobre toda la sociedad y la Iglesia. La Devoción de los Primeros Sábados es nuestra respuesta obediente a nuestra Madre celestial, que no dejará de interceder por todas las gracias que tanto necesitamos nosotros y nuestro mundo. Esta devoción no es un acto aislado, sino que expresa un modo de vida: la conversión diaria del corazón al Sacratísimo Corazón de Jesús bajo la guía y el cuidado maternal del Corazón Doloroso e Inmaculado de María, para la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Cuando reflexionamos sobre la rebelión contra el orden y la paz con que Dios dota a cada corazón humano —rebelión que lleva al mundo y hasta a la misma Iglesia a una confusión, división

⁵Cfr. Rm 2, 15.

y autodemolición cada vez mayores— comprendemos, como lo comprendió el Papa Pío XI, la importancia de nuestro culto a Cristo bajo el título de Rey del Cielo y de la Tierra. Tal culto no es una ideología ni la adoración de una idea o de un ideal, sino comunión con Cristo Rey, especialmente mediante la Santísima Eucaristía, por la cual comprendemos, abrazamos y vivimos nuestra propia misión real en Él. Es la realidad en la que estamos llamados a vivir: la realidad de la obediencia a la Ley de Dios escrita en nuestros corazones y en la misma naturaleza de todas las cosas. Es la realidad de nuestros corazones, unidos al Corazón Inmaculado de María, que reposan cada vez más plenamente en el Sacratísimo Corazón de Jesús.

La Misa Pontifical se ofrece hoy según la Forma Más Antigua del Rito Romano, el *Usus Antiquior*. La Iglesia celebra el 18º aniversario de la promulgación del *Motu Proprio Summorum Pontificum*, mediante el cual el Papa Benedicto XVI hizo posible la celebración regular del Rito de la Misa según esta forma, utilizada desde la época del Papa San Gregorio Magno. Al participar hoy en el Santo Sacrificio de la Misa, no podemos dejar de pensar en los fieles que, a lo largo de los siglos cristianos, han encontrado al Señor y profundizado su vida en Él mediante esta venerable forma del Rito Romano. Muchos se inspiraron para practicar la santidad heroica, incluso hasta el martirio. Quienes tenemos edad suficiente para haber crecido adorando a Dios según el *Usus Antiquior* no podemos dejar de considerar cómo nos inspiró a mantener nuestra mirada fija en Jesús⁶, especialmente al responder a nuestra vocación en la vida. Por último, no podemos dejar de dar gracias a Dios por la manera en que esta venerable forma del Rito Romano ha llevado a la fe, y ha profundizado en ella, a tantos que han descubierto su incomparable belleza por primera vez gracias a la disciplina establecida en *Summorum Pontificum*. Damos gracias a Dios porque, a través de *Summorum Pontificum*, toda la Iglesia llegue a una comprensión y amor cada vez mayores por el gran don de la Sagrada Liturgia, tal como nos ha sido transmitida, sin interrupción, por la Tradición Apostólica, por los Apóstoles y sus sucesores. Mediante la Sagrada Liturgia, nuestra adoración de Dios “en espíritu y verdad”⁷, Nuestro Señor está con nosotros de la manera más perfecta posible en esta tierra. Es la expresión más excelsa de nuestra vida en Él. Contemplando ahora la gran belleza del Rito de la Misa, dejémonos inspirar y fortalecer para reflejar esa belleza en la bondad de nuestra vida cotidiana, bajo el cuidado maternal de Nuestra Señora.

Eleveamos ahora nuestros corazones, unidos al Corazón Inmaculado de María, hacia el Corazón glorioso y traspasado de Jesús, abierto para nosotros en el Sacrificio Eucarístico, mediante el cual Él hace sacramentalmente presente Su Sacrificio del Calvario. Levantemos nuestros

⁶Cfr. Eb 12, 2.

⁷Jn 4, 23.

corazones, llenos de tantas alegrías y dolores, hacia la fuente inagotable de la Misericordia y el Amor Divinos, confiando en que en el Corazón Eucarístico de Jesús seremos confirmados en la paz y fortalecidos para llevar la cruz de nuestros sufrimientos con la confianza de la Virgen María. Así, bajo la mirada constante y misericordiosa de la Bienaventurada Virgen María, avancemos fiel y plenamente por el camino de nuestra peregrinación terrenal hacia nuestra morada eterna en el Cielo.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE